

tado las primeras casas de Menilmontant. La división de reserva del duque de Padua, que formaba la derecha de Marmont, viéndose adelantada por el enemigo, había tenido que replegarse y descubrir á las divisiones Lagrange y Ricard, que ocupaban el centro de la meseta. Sobre la izquierda de Marmont, la división Ledrú-des-Essarts, vivamente rechazada de árbol en árbol en el bosque de Romainville, perdía igualmente el bosque poco á poco.

Marmont, acometido así por sus flancos, imaginó intentar un esfuerzo al centro contra la masa enemiga que avanzaba compacta, cubierto su frente por una numerosa artillería, y apoyadas sus alas por fuertes destacamentos de gruesa caballería. El mariscal, poniéndose en persona á la cabeza de cuatro batallones formados en columna de ataque, cayó sobre los granaderos rusos, que marchaban en primera línea. Doce cañones, cargados de metralla, tiraron de muy cerca á nuestros soldados, que sostuvieron este fuego con una heroica firmeza y continuaron avanzando. Pero en el mismo instante fueron atacados de frente por los granaderos rusos, y cogidos de flanco por la caballería de la guardia que mandaba Miloradowitch. Ante aquella fuerza los cuatro batallones de Marmont tuvieron que replegarse después de haberse batido cuerpo á cuerpo con furia. El mariscal los llevó hacia Belleville, é iba á sucumbir bajo la masa de los enemigos de todas armas, cuando un bizarro oficial llamado Ghesseler, emboscado hacia la derecha en el parquecillo de los Matorrales, del que no se conserva hoy la menor señal, se lanzó á la cabeza de doscientos hombres sobre el flanco de la columna enemiga, y consiguió librar al mariscal y facilitarle la retirada hacia Belleville. En el mismo instante el bosque de Romainville fué definitivamente abandonado, y una vez la meseta evacuada por todas partes, la defensa se trasladó al centro hacia Belleville, á la derecha (lado Sur) hacia Menilmontant, que había ido á ocupar la división de Padua, y en fin, á la izquierda (lado Norte), por la cuesta de Beauregard, donde la división Ledrú-des-Essarts había encontrado un asilo. Al pie de esta cuesta, las divisiones Boyer y Michel luchaban obstinadamente. Habían perdido Pantín, pero defendían los Prados-San-Gervasio con una energía desesperada.

Por todas partes era el combate encarnizado y los hombres caían á millares, especialmente entre los aliados, que recibían por sus cuatro costados un fuego destructor. En la llanura de Saint-Denis, Kleist y Woronzoff habían atacado La-Villette, defendida por la división Curial, y York atacaba á La-Chapelle, defendida por la división Christiani, á la vista de Mortier. Delante de Clignancourt, los escuadrones de Blücher se batían con la caballería del general Belliard, y rara vez salían con ventaja.

Así, pues, de la llanura de Saint-Denis á la barrera del Trono el combate continuaba con probabilidades diferentes. Nuestra línea había retrocedido, pero los aliados habían perdido ya diez mil hombres, y nosotros unos cinco ó seis mil. Nuestros soldados extenuados se habían sostenido por la idea de que París estaba detrás de ellos, y veinticuatro mil hombres luchaban sin mucha desventaja contra ciento setenta mil. Un momento anunciaron la llegada de Napoleón (la súbita llegada del general Dejeán ocasionó esa falsa noticia), y el grito de

¡viva el emperador! propagado como una conmoción eléctrica resonó en nuestras líneas. Las tropas, reanimadas por la esperanza, se arrojaron con furor sobre el enemigo. Por una y otra parte combatían con una especie de rabia, pues para los unos se trataba de alcanzar de un solo golpe el fin de la guerra, y para los otros de libertar á su patria de un desastre.

En este momento ocurría en Vincennes un hecho glorioso eternamente para la juventud francesa. Delante de la barrera del Trono se encontraba una batería servida por veteranos y por los alumnos de la Escuela Politécnica, que Marmont, ocupado exclusivamente con lo que pasaba en la meseta de Romainville, había dejado casi sin apoyo. Habiéndose adelantado demasiado esta batería por la avenida de Vincennes, con el fin de tirar contra la caballería del conde de Pahlen, fué flanqueada por algunos escuadrones que pasando por Saint-Mandé llegaron á tomarla á retaguardia. Los valientes alumnos de la Escuela, acuchillados sobre sus cañones, resistieron valientemente y por fortuna fueron socorridos por la guardia nacional apostada en la barrera del Trono y por un destacamento de dragones. Estos últimos, lanzados sobre los cañones, consiguieron recobrarlos. Se llevaron la batería á las alturas de Charonne, y allí, ayudados por una multitud de hombres del pueblo armados con escopetas de caza, nuestros valientes jóvenes continuaron haciendo un fuego horroroso.

La clave de toda la posición estaba en Belleville: mientras ese punto culminante de la cadena de las alturas no fuese tomado, la masa enemiga que combatía al Norte delante de la Villette, la Chapelle y Montmartre, y la que combatía al Sur entre Vincennes y Charonne, no podían hacer grandes progresos. La línea curva de los aliados estaba como contenida en su centro, en un punto fijo que era Belleville. En efecto, Belleville domina hasta la meseta de Romainville. Numerosos cercados, añadidos á la ventaja de la posición, hacían allí la resistencia más fácil. Marmont, establecido en ese sitio con los restos de las divisiones Lagrange, Ricard, Padua y Ledrú-des-Essarts, y disponiendo además de una numerosa artillería de campaña, se sostenía firme contra una multitud de enemigos, y había mandado responder al mensaje de José, que autorizaba para tratar á los mariscales, que hasta entonces no se hallaba reducido á rendirse. El oficial del mariscal portador de esta respuesta no había encontrado á José, que había partido ya, y se había vuelto sin poder cumplir su cometido.

Sin embargo, la hora fatal se acercaba. El príncipe de Schwartzberg, no queriendo concluir el día sin haber tomado el punto decisivo, había ordenado que se dirigieran sobre él dos columnas de ataque: una al Sur, que, pasando entre Menilmontant y el cementerio del Père-la-Chaise, se apoderaría del bulevard exterior y cortaría de este modo Belleville del recinto de París; y otra al Norte, que habría de tomar á toda costa los Prados-San-Gervasio, la Petite Villette y el cerro Saint-Chaumont, y habría de llegar por el Norte á reunirse con la columna que habría pasado por el Sur.

Vencer ó morir era en aquel momento la ley de los aliados, y necesitaban forzar todos los obstáculos sin pérdida de tiempo, pues á cada instante Napoleón podía llegar, y si les hubiese encontrado rechazados de París,

les habría castigado cruelmente por haberse atrevido á adelantarse tanto. A eso de las tres de la tarde la acción recobró mayor fuerza. El comandante del batallón de artillería Paixhans, que probó entonces lo que habría podido hacerse con la gruesa artillería bien colocada, había armado ocho piezas de grueso calibre más arriba de Charonne, sobre las cuestas de Menilmontant, cuatro en el lado Norte de Belleville y ocho sobre la cuesta de Saint-Chaumont. Paixhans estaba cerca de sus cañones cargados de metralla con sus artilleros, unos veteranos y otros jóvenes de las Escuelas, y esperaba á que el enemigo, dueño ya del llano, intentara acercarse á las alturas. En efecto, los granaderos rusos se adelantaron unos al Sur de la meseta por Charonne, otros sobre la misma meseta enfrente de Belleville, y otros, en fin, al Norte á través de los Prados San Gervasio. De repente se ven cubiertos de metralla y caen líneas enteras de ellos. Sin embargo, sostienen el fuego con constancia, suben al Sur las cuestas de Menilmontant, y llegan por el bulevard exterior á tomar Belleville por detrás, Belleville, donde el mariscal Marmont se defiende encarnizadamente. La otra división de granaderos, que con los prusianos y los badenses atacaba á Pantín, los Prados-San-Gervasio y la Petite Villette, habiéndola arrancado á las divisiones Boyer y Michel casi destruidas, sube la cuesta Saint Chaumont bajo el fuego destructor de las baterías del comandante Paixhans, toma el cerro, que por falta de tropas no estaba defendido por infantería, y se reúne á la columna que llegaba al Sur por Charonne y Menilmontant. Habiendo ganado los enemigos el bulevard exterior por sus dos cuestas Norte y Sur, se encuentran así entre Belleville y la barrera de este nombre, que se hallan á punto de tomar.

A esta noticia, el mariscal Marmont, que no había cesado de sostenerse en Belleville, viéndose cortado del recinto de París, reúne los hombres que le quedaban, y teniendo á su lado á los generales Palleport y Meynadier y al coronel Fabvier, se arrojó espada en mano sobre los granaderos rusos, que empezaban á penetrar por la gran calle del arrabal del Temple. Marmont los rechaza, cierra la barrera tras ellos y restablece la defensa en el muro del recinto.

Mortier, por su parte, se bate heroicamente en la llanura de Saint-Denis entre la Villette y la Chapelle. A su derecha, la Villette, defendida por las divisiones Curial y Charpentier contra Kleist y York, acababa de ser invadida al fin por un tropel de enemigos. Al ver esto, Mortier, que ocupaba la Chapelle con la división de la vieja guardia Chistianí, toma una parte de esta división, y corriéndose de la izquierda á la derecha hacia la Villette, penetra aquí á la bayoneta y consigue arrojar fuera á la guardia prusiana, después de haber hecho entre ella una horrible carnicería. Pero bien pronto nuevas masas enemigas flanquean la Grande-Villette por el canal del Ourcq, penetran entre la Villette y la Chapelle, y él se ve obligado á abandonar la llanura y á replegarse hacia las barreras. En el mismo instante Langerón avanza hacia la falda de Montmartre. ¡Langerón, un francés, dirige contra París á los soldados enemigos! Al marchar hacia Montmartre espera recibir abundantes descargas de metralla, pero sorprendido al hallar en silencio esas alturas, sube á ellas y se apodera de la débil artillería que la guarnecía encomen-

dada á un puñado de zapadores bomberos. Langerón marcha en seguida hacia la barrera de Clichy, que los guardias nacionales, bajo las órdenes del mariscal Moncey, defienden vigorosamente y con un valor que prueba lo que se habría podido obtener de la población parisiense.

¡Este era el fin de veintidós años de triunfos inauditos, que sucesivamente habían tenido por teatros Milán, Venecia, Roma, Nápoles, el Cairo, Madrid, Lisboa, Viena, Dresde, Berlín, Varsovia y Moscou, y que venían á terminarse de una manera tan lúgubre en las puertas de París!

No habiendo preparado nada para una prolongada resistencia, con barricadas en las calles, la población detrás de las barricadas, y las tropas en reserva; habiéndose reducido toda la defensa á una batalla dada fuera de París con un puñado de soldados contra un ejército formidable, y encontrándose esta batalla perdida irremisiblemente, no podían prometerse contener á los aliados oponiéndoles el muro del recinto. Era preciso, pues, evitar á París un desastre inútil. Marmont, no viendo otro remedio, había pensado hacer uso de los poderes conferidos por José á los dos mariscales que mandaban el ejército de París, y había enviado sucesivamente á dos oficiales parlamentarios para proponer al príncipe de Schwartzberg una suspensión de armas. La animación del combate era tan grande que el uno no había podido penetrar, y el otro había sido herido. En su vista, Marmont envió á un tercero.

En aquel momento había llegado á toda prisa el general Dejeán para anunciarles que Napoleón, sabiendo la marcha de los aliados sobre la capital, había cambiado de dirección, que se dirigía con rapidez hacia París; que bastaba que se sostuvieran dos días para verle aparecer á la cabeza de fuerzas considerables; que era preciso, pues, resistir á toda costa, y que si no podían sostenerse, que trataran de ocupar al enemigo por medio de algunas conferencias. En efecto, Napoleón, en medio de aquel apuro, y estando disuelto ya el congreso de Chatillón, había escrito á su suero para reanudar las negociaciones y daba permiso para elevar esto á conocimiento del príncipe de Schwartzberg, con el fin de obtener una suspensión de armas de algunas horas. El mariscal Mortier recibió al general Dejeán bajo una lluvia de proyectiles, y mostrándole los restos de sus divisiones, que disputaban aún la Villette y la Chapelle, le convenció muy luego de la imposibilidad de prolongar la resistencia. Preciso fué, pues, reconocer que no podían hacer otra cosa que dirigirse al príncipe de Schwartzberg, y efectivamente el mariscal le escribió algunas palabras sobre un tambor agujereado por las balas, diciéndole que Napoleón había reanudado las negociaciones sobre bases que no podían rechazar los aliados, y que entretanto era de desear, por el interés de la humanidad, que se contuviera la efusión de sangre.

Un oficial portador de esta carta partió al galope, atravesó las líneas de los dos ejércitos y consiguió llegar cerca del príncipe de Schwartzberg. Éste respondió que no tenía ninguna noticia de que se hubiesen reanudado las negociaciones y que así no podía interrumpir el combate; pero que estaba dispuesto á suspender aquella carnicería si París se entregaba inmediatamente. En el mismo instante el tercer oficial en-



viado por el mariscal Marmont, habiendo conseguido llegar hasta el generalísimo y habiéndole anunciado que, con tal de salvar á París, firmarían una capitulación, se entablaron negociaciones seriamente, y se señaló á los dos mariscales la Villette como punto de reunión. Los mariscales acudieron y encontraron allí á Mr. de Nesselrode con varios plenipotenciarios. Sin perder un instante, empezaron á tratar de la suspensión de hostilidades. Los representantes del ejército aliado manifestaron desde luego varias pretensiones: ante todo querían que las tropas que defendían á París rindieran las armas; pero un movimiento de indignación fué la sola respuesta de los mariscales. Después los parlamentarios enemigos se concretaron á pedir que los mariscales se retirasen á la Bretaña, con sus tropas, para que no pudiesen ejercer ninguna influencia sobre la continuación de la guerra. Los mariscales se negaron de nuevo y exigieron que se les dejara retirarse adonde quisieran. Al fin se pusieron de acuerdo bajo la condición de que durante la noche evacuarían la capital. Aceptada esta condición, convinieron en que por la noche se reunirían varios oficiales para estipular los pormenores de la evacuación de París.

Tal fué la célebre capitulación de París, contra la cual nada grave se puede decir, puesto que había llegado á ser una necesidad para entrambos mariscales. Seguramente habían hecho todo cuanto se podía esperar de ellos, puesto que con veintitrés ó veinticuatro mil hombres se habían sostenido todo un día contra ciento setenta mil, de los cuales cien mil hombres habían tomado parte en la lucha, y que aunque habían tenido seis mil hombres fuera de combate, habían causado dobles pérdidas al enemigo. ¡De aquí se puede deducir lo que habría podido suceder si, ocupando París tres ó cuatro días más á los aliados, éstos hubiesen sido sorprendidos por Napoleón, apareciendo sobre su retaguardia con setenta mil combatientes! Y si esto no fué así, ¿quién tiene la culpa sino Napoleón que, decidiéndose demasiado tarde á confesar su situación, no había hecho ejecutar á su presencia las obras necesarias alrededor de la capital, y dispersando sus recursos de Alejandría á Dantzig, no había tenido cincuenta mil fusiles que dar á los parisienses?; y después de Napoleón, ¿quién tenía más que aquellos que en su ausencia estaban encargados de substituirle, y que habían demostrado tan poca actividad, inteligencia y energía; que habían reducido la defensa de la capital á una batalla de veinticuatro mil hombres contra ciento setenta mil?

Los dos mariscales, al tratar por sus cuerpos de ejército, no habían podido estipular nada respecto á la ciudad de París, ni al gobierno que en ella residía, pues no tenían ni poderes ni misión para hacerlo. Además, los ministros se habían retirado con José. El duque de Rovigo, obedeciendo á lo que se había convenido (se resolvió que los ministros seguirían á la regente en cuanto París no pudiera sostenerse más), había partido, dejando á los dos prefectos, el que dirige la administración de la capital y el que dirige su policía, el cuidado de mantener la tranquilidad pública. Así, pues, no existía ningún gobierno, y de este modo se había establecido el vacío, cuyo peligro había sido señalado tantas veces por los que se oponían al viaje de la regente.

Mr. de Talleyrand, el hombre destinado á llenar bien

pronto este vacío, que Napoleón, por un instinto secreto, había entrevisto como autor probable de su caída, y que el público, por otro instinto no menos seguro, consideraba como el autor necesario de una próxima revolución; Mr. de Talleyrand, decimos, se hallaba en aquel instante sumamente perplejo. En su calidad de alto dignatario, debía seguir á la regente; pero partiendo, abandonaba el gran papel que le esperaba, y quedándose se exponía á ser cogido en flagrante delito de traición, lo que podía ser grave, si Napoleón, por un golpe de fortuna, siempre posible por su parte, aparecía victorioso á las puertas de la capital. Para salir de tan apurada situación imaginó pedir al duque de Rovigo el permiso de mantenerse en París, pues, según él decía, aun en la ausencia de todo gobierno se hallaría en posición de prestar importantes servicios. Sospechando el duque de Rovigo que estos servicios serían prestados á otro que á Napoleón, le negó la licencia pedida, que por otra parte no estaba en su mano concederle. Mr. de Talleyrand fué á ver á los prefectos, con los que tampoco alcanzó lo que deseaba, y no sabiendo qué hacer para cubrir con un pretexto especioso su prolongada presencia en París, tomó el partido de subir al coche para fingir al menos la buena voluntad de seguir á la regente. Hacia la caída de la tarde, á la hora en que se concluía la lucha, se presentó sin pasaporte y con mucho aparato de viaje en la barrera que da hacia el camino de Orléans, barrera ocupada por guardias nacionales muy irritados contra aquellos que hacia dos días desertaban de la capital. Hubo, pues, alrededor de su coche una especie de tumulto, natural, según algunos contemporáneos, y según otros preparado expresamente. Se le pidió su pasaporte, que no pudo enseñar; murmuraron contra esta falta de una formalidad esencial, y entonces, con una deferencia afectada hacia la consigna de los bizarros defensores de París, se volvió á su casa otra vez. La mayor parte de aquellos que habían contribuido á detenerle, y que no deseaban revoluciones, no sospecharon que habían detenido al hombre que iba á hacer una revolución.

Mr. de Talleyrand, sin estar completamente tranquilo sobre la regularidad de su conducta, se fué á casa del mariscal Marmont, que, una vez concluida la batalla, se había apresurado á entrar en su domicilio, situado en el arrabal Poissonniere, adonde habían acudido personas de toda especie, que buscaban un gobierno cualquiera y se dirigían al hombre que en aquel momento parecía ser un gobierno, puesto que era el jefe de la única fuerza existente en la capital. El mariscal Mortier le estaba subordinado en todas las cosas importantes. Los dos prefectos, una parte del cuerpo municipal y muchos personajes notables se habían trasladado á la casa del mariscal, y cada uno hablaba de los acontecimientos con emoción y según sus sentimientos particulares. Viendo al mariscal, cuyo rostro estaba ennegrecido por la pólvora y destrozada su levita por las balas, le felicitaban por su valerosa defensa de París, y después hablaban de la situación presente.

Notábase allí una especie de unanimidad contra lo que llamaban la cobarde desertión de todos aquellos que Napoleón había dejado en la capital para defenderla, y contra el mismo Napoleón, cuya loca política había traído á los soldados de la Europa al pie de Mont-

martre. Los realistas, que no faltaban en la reunión, no vacilaban ya en decir que era preciso substraerse á un yugo insoportable y pronunciaban atrevidamente el nombre de los Borbones. Dos banqueros considerables, ligados, el uno por parentesco y el otro por amistad, con el mariscal duque de Ragusa, MM. Perregeaux y Laffitte, se distinguieron por la animación de su lenguaje. El segundo sobre todo, que había empezado á hacer fortuna, y cuyo talento brillante y expresivo llamaba ya la atención general, se pronunció fuertemente, hasta el punto de exclamar, cuando oyó proferir el nombre de los Borbones: «Pues bien, enhorabuena que vengan los Borbones, si así lo quieren, pero con una constitución que nos garantice de un despotismo funesto, y con la paz de que hace tanto tiempo estamos privados.»

Esta conformidad de sentimientos contra el despotismo imperial, que concluía por hacer considerar á los Borbones como muy aceptables por hombres de la alta clase media que jamás los habían conocido, produjo en los asistentes una singular impresión. Decíase allí también que era preciso no ocuparse sólo del ejército sino de la capital. El mariscal Marmont respondió que él no tenía poderes para estipular nada acerca de ella, y entonces juzgaron conveniente que los prefectos, con una diputación del consejo municipal y de la guardia nacional pasaran cerca de los soberanos aliados para reclamar las consideraciones á las cuales París tenía derecho por parte de unos príncipes civilizados, que después de haber atravesado el Rhin se anunciaban como los libertadores y no como los conquistadores de Francia.

Estando en estos discursos, llegó Mr. de Talleyrand, que tuvo una entrevista particular con Marmont. Mr. de Talleyrand llevaba el deseo de obtener algo que se pareciera á una autorización de permanencia en París, lo que el mariscal menos que nadie podía concederle; pero al ver lo que estaba pasando, hubo de enfriarse en su empeño, y al punto pensó en utilizar su visita para preparar un desenlace, que empezaba á considerarse como inevitable, y cuyo cumplimiento veía que necesariamente debía pasar por sus propias manos. Ningún hombre era más sensible á la lisonja que el mariscal Marmont y ninguno sabía manejarla tan bien como Mr. de Talleyrand. El mariscal había cometido en aquella campaña faltas graves, pero conocidas únicamente de los militares, y en cambio había desplegado en ella un valor asombroso. En la jornada del 30 de marzo especialmente, había adquirido títulos eternos al reconocimiento del país. Su rostro, sus manos y su uniforme daban testimonio de lo que había hecho. Mr. de Talleyrand ensalzó su valor, su ciencia y su talento, éste muy superior, á su juicio, al de los demás mariscales. El duque de Ragusa rebosaba de júbilo cuando le decían que tenía talento y que sus compañeros no le tenían, siendo por otra parte muy verídico que muy pocos se podían comparar con él en agudeza de entendimiento.

Con un profundo sentimiento de satisfacción, el mariscal escuchó, pues, todo lo que le dijo el peligroso tentador, que preparaba su caída. Mr. de Talleyrand se esforzó en demostrarle la gravedad de la situación; la necesidad de sacar á la Francia de las manos que la habían perdido, y le hizo comprender que, en las presentes circunstancias, un militar que tan brillantemente

acababa de defender á París y que tenía aún bajo sus órdenes á los soldados á cuya cabeza había combatido, poseía los medios de salvar á su país que á ningún otro pertenecían. Mr. de Talleyrand dió punto aquí, pues sabía que una seducción no se consigue jamás de una vez. Pero cuando se retiró, el desgraciado Marmont estaba ebrio, y en medio de los desastres de la Francia soñaba ya para sí los brillantes destinos, en tanto que Mortier, soldado sencillo y prudente, que había sido su compañero en la jornada del 30 de marzo, y que tenía también el rostro ennegrecido por la pólvora, devoraba su dolor en la soledad en que le dejaban su rectitud y modestia.

Las horas de la noche transcurrían; los oficiales escogidos por los dos mariscales fueron á estipular con los representantes del príncipe de Schwarzenberg los detalles de la evacuación de París, y los dos prefectos, con una diputación elegida entre los miembros del consejo municipal y los jefes de la guardia nacional, salieron del Hotel-de-Ville para pasar al castillo de Bondy á invocar los buenos sentimientos de los soberanos victoriosos.

En este mismo instante llegaba Napoleón á las puertas de París. El 23 de marzo le vimos detenerse en las cercanías de Saint-Dizier para dar descanso á sus tropas y tomarse tiempo de recoger las guarniciones cuyo refuerzo había ido á buscar. El 24 y el 25 había operado varios movimientos entre Saint-Dizier y Vassy, sin perder la idea de haber atraído á sí al príncipe de Schwarzenberg, idea en que le afirmaban los partes de sus capitanes, que bajo la impresión de la jornada de Arcis del Aube se imaginaban ver en su derredor masas inmensas de enemigos. Por lo demás, estaba resuelto á cerciorarse de ello aproximándose lo más posible, en la primera ocasión que se presentara, á la numerosa tropa de caballería que seguía sus pasos. Durante este tiempo Mr. de Caulaincourt, inconsolable con la ruptura de las negociaciones, insistía porque se tratara de reanudarlas, á lo que Napoleón no parecía muy dispuesto. Sin embargo, se había ofrecido una circunstancia favorable, y Mr. de Caulaincourt le había violentado hasta cierto punto á fin de que la aprovechara. El general Piré, que recorría el campo con la caballería ligera, había hecho prisioneros al barón de Wessenberg y á Mr. de Vitrolles, que regresaba de su misión cerca del conde de Artois y que dichosamente para él no fué reconocido al caer prisionero. Mr. de Caulaincourt, secundado por Berthier, había obtenido que se pusiera en libertad á Mr. de Wessenberg y que se le enviara con una carta para el príncipe de Metternich, en la cual Mr. de Caulaincourt afirmaría que por fin Napoleón estaba resignado á grandes sacrificios, sin indicar, sin embargo, cuáles eran éstos. He ahí todo lo que Mr. de Caulaincourt había podido arrancar á su soberano, por más que él se empeñara en precisar un poco más las indicaciones para que tuvieran mejor acogida. Libre con la condición de llenar esta misión, Mr. Wessenberg se había encargado de ella, y haciendo pasar por un criado suyo á Mr. de Vitrolles, le había salvado del mayor de todos los peligros.

Habiéndose presentado el 26 una ocasión de practicar un gran reconocimiento, Napoleón tuvo buen cuidado en aprovecharlo. Mientras se hallaba entre Saint-



Dizier y Vassy sobre la izquierda del Marne, llenando de partidas el campo entre el Marne y el Aube, había distinguido una numerosa caballería sobre la orilla derecha del Marne, un poco más abajo de Saint-Dizier, en la dirección de Vitry. A la vista del enemigo, que se presentaba con grandes fuerzas, no había que vacilar; era preciso marchar á él, primero para batirle y después para saber quién podía ser este enemigo. A pesar del grave inconveniente de atravesar un río delante de una tropa en batalla, corrieron en derecha al vado de Héricourt y atravesaron el Marne en masa, excepto el cuerpo de Oudinot, que fué enviado más arriba para pasar por Saint-Dizier.

El enemigo se turbó al descubrir que tenía que habérselas con todo el ejército francés. Sin embargo, contaba con diez mil caballos y algunos miles de hombres de infantería ligera, y los lanzó sobre nosotros en el instante en que atravesábamos el Marne. Unos y otros fueron convenientemente recibidos. La caballería de la guardia, después de haberse mezclado con la caballería enemiga, la puso en completa derrota. Tuvieron que replegarse, y Wintzingerode, pues era él, viendo que había cometido una imprudencia, resolvió ganar el camino de Bar del Aube, á pesar del inconveniente de desfilar cerca de Saint-Dizier, que acababa de ocupar Oudinot. Cargaron firmemente al enemigo en retirada, y en tanto que era perseguido de este modo, fué cogido de flanco por nuestra infantería, que desembocaba de Saint-Dizier. Habiendo querido formarse en cuadros dos batallones de infantería, el bizarro Lefort cargó sobre ellos, á la cabeza de los dragones de la guardia, y los dejó tendidos. El ímpetu fué tal, que los dragones continuaron su carrera, sin pensar en la infantería rusa, que habían destrozado y dejado atrás. Esta infantería, que había parecido rendirse, viendo los dragones lejos, trató de levantare y tiró sobre ellos á retaguardia. Entonces nuestros jinetes, volviendo atrás, los acuchillaron sin piedad. Esta persecución duró hasta la noche y regresaron á Saint-Dizier, después de haber muerto ó cogido á la retaguardia de Wintzingerode, encargado de seguarnos y engañarnos, unos cuatro mil hombres y treinta cañones. A nosotros apenas nos había costado tres ó cuatrocientos hombres; ¡brillante trofeo, el último, desgraciadamente, de aquella heroica y fatal campaña!

Al día siguiente, 27, informado Napoleón de que el enemigo estaba aún en Vitry, se aproximó con ánimo de sorprenderle, pero una antigua muralla y un foso lleno de agua oponía un obstáculo bastante difícil de vencer. Macdonald, á quien habían irritado mucho nuestras últimas desgracias, dió parte de esto con cierta acritud á Napoleón, y hubo de suscitarse entre ellos un altercado que duraba aún cuando trajeron un boletín del enemigo, cogido por nuestros soldados, en que se contaba á su manera la triste jornada de Fere-Champenoise. Este boletín, aunque su fecha fuese inexacta, revelaba con certeza la marcha de los aliados hacia París. Después de la triste confirmación de este hecho obtenida de boca de algunos prisioneros, Napoleón pasó á Saint-Dizier, muy preocupado con semejante noticia y más aún con el efecto que producía en su derredor. Los espíritus, ya muy inquietos por lo que había podido pasar después que se habían dirigido hacia Lorena, se desencadenaron en cuanto supieron que

los aliados habían marchado hacia París. Hablaban encolerizados contra la loca obstinación de Napoleón, á quien atribuían después de la vuelta de Mr. de Caulaincourt la ruptura de las negociaciones. Dijeron que después de haber hecho perecer en aquella campaña á una parte del ejército, iba á hacer perecer á la capital, y que en tanto que él peleaba inútilmente sobre la retaguardia de la coalición, ésta se vengaba del incendio de Moscu sobre París, que estaría ardiendo. Muy luego la emoción llegó á tal punto que fué preciso ocuparse de ella, y al día siguiente, 28, Napoleón, de vuelta de Saint-Dizier, deliberó en compañía de Berthier, Ney y Caulaincourt sobre el partido que se debía tomar. Si hubiesen podido prever que ya no era tiempo de socorrer á París, seguramente lo mejor hubiese sido perseverar en un proyecto, aventurado sin duda alguna, pero que presentaba las únicas probabilidades de salvación que les era permitido entrever aún; es decir, dejar al enemigo hacer revoluciones en la capital, y caer sobre su retaguardia con los ciento veinte mil hombres que habrían conseguido reunir. Pero con la esperanza existente todavía de poder salvar á París, era natural marchar á la capital á toda prisa, y puesto que no se había logrado desviar á los generales aliados con la última maniobra, tratar al menos de sorprenderlos en el momento en que estuvieran ocupados delante de la gran ciudad, y caer sobre ellos con la violencia del rayo. Berthier y Ney fueron de esta opinión y la sostuvieron ardorosamente.

En la emoción que experimentaban, correr á París se había convertido en la pasión universal. Napoleón, que no se guiaba por la emoción, pensaba de un modo diferente. Había marchado hacia las plazas para rehacerse un ejército, para volver á tener aquella fuerza de cien mil hombres, que en sus manos debía hacer temblar á la coalición. París temido, ó en peligro de serlo, no era lo suficiente para apartarte de tan grandes fines, pues en cuanto supieran que estaba en posesión de semejante fuerza, era casi seguro que los aliados saldrían bien pronto de París, ó si se quedaban, expiarían la satisfacción de haberse encontrado en la capital un momento. Napoleón se paraba poco en la idea de una revolución política, porque, á pesar de toda su sagacidad, no se figuraba el descrédito en que había caído su gobierno. Sólo veía las cosas desde el punto de vista militar, y desde este punto de vista consideraba como más importante tener cien mil hombres que salvar á París. Sin embargo, solo de su opinión y acusado de una obstinación insensata, debió ceder en presencia del grito universal y resolverse á marchar en socorro de la ciudad amenazada. Esta marcha debía tener lugar inmediatamente, pues no había que perder un momento si se quería llegar á tiempo. Napoleón tomó de repente su partido, y se puso en camino al instante, cortando en derecha del Marne al Aube y del Aube al Sena, para correrse hacia París por la izquierda del Sena y evitar de ese modo el encuentro de los ejércitos aliados.

El 28 partió de Saint-Dizier, pernoctó con su ejército en Doulevant, continuó su marcha el 29, pasó el Aube por Dalancourt y llegó á pernoctar en Troyes, dejando detrás su ejército, que no podía atravesar las distancias tan aprisa como él. En el camino había recibido un mensaje de Mr. de Lavallette, que le señalaba el peligro

inminente de la capital, la masa de enemigos que la amenazaban por fuera y la actividad de las intrigas que le amenazaban interiormente, y este mensaje le hizo acelerar su marcha. El 30 por la mañana, Napoleón había llegado hasta Villeneuve el Archeveque, y allí, cesando de marchar militarmente y queriendo llevar á París al menos el socorro de su presencia, había tomado la posta, y ora á caballo, ora en un miserable carro, con Mr. de Caulaincourt y Berthier, se había dirigido hacia París. Como hemos dicho, había enviado delante al general Dejeán para anunciar su llegada y decir á los mariscales que á toda costa prolongaran la resistencia. A eso de las doce de la noche, después de haber corrido todo el día á caballo ó en carruaje, había llegado por fin á Fromenteau, ardiendo en deseos de saber lo que pasaba. Ya entonces pudo distinguir una numerosa caballería, precedida de algunos oficiales. «¿Quién sois?, les preguntó. — El general Belliard, respondió el principal de ellos.» En efecto, era el general Belliard, que en la ejecución de la capitulación de París, marchaba á Fontainebleau con el fin de encontrar un sitio conveniente para las tropas de los dos mariscales. Napoleón se apea precipitadamente, coge del brazo al general Belliard, le lleva á la orilla del camino, y allí, multiplicando sus preguntas, apenas le da tiempo de contestar: tan rápidas y apremiantes eran. «¿Dónde está el ejército?, preguntó al punto. — Me sigue, señor. — ¿Dónde está el enemigo? — En las puertas de París. — ¿Y quién ocupa París? — Nadie: ¡está evacuado! — ¿Qué oigo? ¡Evacuado!... Y mi hijo, mi mujer, mi gobierno, ¿dónde están? — Han pasado al Loira. — ¿Al Loira? ¿Y quién ha podido tomar esta resolución? — Señor, dicen que se ha tomado en virtud de vuestras órdenes. — Mis órdenes no decían tal... Pero José, Clarke, Marmont y Mortier, ¿qué ha sido de ellos?; ¿qué han hecho? — No hemos visto en todo el día ni á José, ni á Clarke. En cuanto á Marmont y á Mortier, se han conducido como valientes. Las tropas han sido admirables. Hasta la guardia nacional, en cuantos sitios tomó parte en la lucha, ha rivalizado con nuestros soldados. Se han defendido heroicamente las alturas de Belleville así como su lado que mira á la Villette. También se ha defendido Montmartre, donde apenas había algunos cañones, y creyendo el enemigo que había más, lanzó una columna por el camino de la Revolte, para flanquear á Montmartre, exponiéndose á ser precipitada al Sena. ¡Ah! ¡Si hubiésemos tenido una reserva de diez mil hombres, y si hubieseis estado con nosotros, habríamos arrojado al Sena á los aliados, salvado París y vengado el honor de nuestras armas!... — Sí, es verdad, ¡pero yo no puedo estar en todas partes!... ¿Y Clarke y José dónde estaban, qué han hecho de mis doscientos cañones de Vincennes, y por qué no han llamado á mis valerosos parisienses? — Señor, no lo sabemos. Estábamos solos y hemos hecho lo que hemos podido. El enemigo ha perdido lo menos doce mil hombres. — ¡Debía esperarme estól, exclamó Napoleón. José me ha perdido la España y me pierde la Francia. ¡Y Clarke! Había debido creer al pobre Rovigo, que me decía que Clarke era un cobarde, un traidor y además un hombre inepto. Pero basta de ayes, es preciso reparar el mal; hay tiempo todavía. Caulaincourt, mi coche.» Y dichas estas palabras, Napoleón continúa marchando hacia París, man-

dando á todo el mundo que le siga, como si de este modo pudiese ganar tiempo. Pero Belliard y los que le rodean tratan de disuadirle. «Es demasiado tarde para que vayáis á París, le dijo Belliard; el ejército ha debido ya salir de él y el enemigo le ocupará bien pronto si no le ha ocupado ya. — Llevaremos adelante al ejército y arrojaemos al enemigo fuera de París, responde Napoleón; mis bravos parisienses oirán mi voz y se lanzarán todos para rechazar á los bárbaros fuera de sus muros. — ¡Ah, señor!, es demasiado tarde, repite Belliard, la infantería me sigue; además, hemos firmado una capitulación que no nos permite volver á entrar. — ¡Una capitulación! Y ¿quién ha sido bastante cobarde para firmarla? — Hombres valientes, señor, que no podían hacer otra cosa.» En medio de este coloquio, Napoleón continuaba andando sin querer oír nada, y pedía su coche, que Caulaincourt no le llevaba, cuando aparece un oficial de infantería: era Curial. Napoleón le llama y oye entonces que la infantería estaba cerca, es decir, á tres ó cuatro leguas de París, y que ya no era tiempo de entrar en la capital. Vencido por los hechos y por las explicaciones que le daban, Napoleón se detiene en las dos fuentes que se elevan sobre el camino de Juvisy, se sienta á la orilla del pilón y permanece algún tiempo, con la cabeza entre sus manos, sumido en profundas reflexiones.

Todos callan, miran y esperan. Por fin Napoleón se levanta y pide un lugar en donde pueda albergarse algunos momentos. Había hecho treinta leguas en coche y treinta á caballo, y estaba rendido de cansancio, pero no lo sentía. Quería una mesa y luz para extender sus mapas, para dar sus órdenes. Fueron á casa de un maestro de postas que había cerca, encendieron una luz y entonces pudieron ver su rostro, que conservaba un resto de animación, pero sin ninguna turbación, sin dejar aparecer más que una invencible energía.

Extienden los planos, Napoleón examina, reflexiona y después dice: «Si tuviera aquí un ejército se gobernaría todo. Alejandro va á darse en espectáculo á los parisienses; no es un malvado, no quiere incendiar París, no quiere otra cosa sino que le vean. Mañana pasará una revista; tendrá una parte de sus soldados á la derecha del Sena y otra á la izquierda; una porción de las fuerzas estará en París y otra fuera; y en esta posición, si tuviera yo mi ejército, los destrozaría. La población se uniría conmigo, arrojaría todo lo más pesado sobre la cabeza de los aliados, y los aldeanos de la Borgoña acabarían con ellos. Ni uno solo volvería al Rhin, y la Francia recobraría su grandeza. ¡Si tuviera aquí mi ejército! Pero no llegará hasta dentro de tres ó cuatro días. ¡Ah! ¿por qué no se han sostenido algunas horas más?...» Y al proferir estas palabras, Napoleón daba vueltas por el reducido aposento, donde apenas cabían él y los pocos testigos de esta escena singular... Para calmarle Mr. de Caulaincourt le dijo: «Pero, señor, el ejército llegará y dentro de cuatro días V. M. podrá hacer lo mismo que haría hoy.» Napoleón, que hasta entonces no había parecido ni escuchar ni entender lo que decían, levantó de repente la cabeza, se va derecho á Mr. de Caulaincourt, y él que nunca había parecido admitir la posibilidad de una revolución exclama: «¡Ah, Caulaincourt, no conocéis á los hombres! Tres días, dos días, no sabéis todo lo que se puede hacer en un